

—;El señor Cura—decían en dos leguas á la redonda—es el primer padre de los pobres y el segundo hijo de Dios!

II.

Febrero tocaba á su fin. El invierno había sido rudo; las montañas se hallaban cubiertas de nieve, y el valle parecía un inmenso velo blanco, bajo cuyos hilos dormían sepultadas las esperanzas de todo un año.

Los pobres, que todos los días veían llegar á sus chozas al Cura, le decían continuamente:

—Pedid á Dios por nuestros campos, señor Cura. Si el hielo no desaparece, se perderá todo lo sembrado.

A lo que el Cura respondía:

—Tened confianza, amigos míos; Dios hace bien *todo lo que hace*.

«Dios hace bien *todo lo que hace*.» He aquí toda la lógica de su co-razón, toda la elocuencia de su talento.

Y constantemente repetía este proverbio que, aunque escrito por un autor profano, no deja de ser una buena y santa palabra.

Una mañana, la vieja y única campana que había en la torre de la aldea, empezó á llamar á los vecinos al despuntar la aurora.

Al oír el clamoreo de rebato, sobresaltados todos, salían de sus chozas, preguntando en su turbación qué parte del pueblo era presa de las llamas; pero la campana no tocaba á fuego, sino á otro mal mucho más terrible y devastador.

Al fuego se le combate, se le hace frente, se la corta; pero no era el fuego, sino el agua, que sube, que bulle, que se desparrama y rompe los diques y las barreras; la inundación, que se precipita desenfrenada á través de los montes y los valles, nivelando las colinas, minando los fuertes muros y arrasando los árboles y las casas al empuje irresistible de sus olas desencadenadas.

La mitad del pueblo se hallaba ya cubierto de agua cenagosa.

Caballos, vacas y corderos sobrenadaban relinchando, mugiendo y balando, arrastrados con sus establos y pesebres por el torrente de aguas, cuya presencia nadie había podido adivinar.

El buen Cura, que había pasado la noche á la cabecera de un enfermo, fué el primero en acudir al peligro.

Gracias á su entereza y sangre fría, pudo calmar el pánico y organizar los auxilios.

A los pocos momentos una compañía de trabajadores maniobraban maravillosamente bajo las órdenes y dirección del Párroco.